

y concertada música formado, con que Sancho se alegró, y lo tuvo á buena señal; y así, dijo á la duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba: "Señora: donde hay música, no puede haber cosa mala.—Tampoco donde hay luces y claridad," respondió la duquesa. Á lo que replicó Sancho: "Luz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podria ser que nos abrasasen; pero la música, siempre es indicio de regocijos y de fiestas.—Ello dirá," dijo Don Quijote, que todo lo escuchaba; y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXV.

Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.

AL compás de la agradable música vieron que hácia ellos venia un carro de los que llaman *triumfales*, tirado de seis mulas pardas, encubiertas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venia un diciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos veces, y aun tres, mayor que los pasados, y los lados y encima dél ocupaban otros doce diciplinantes, albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venia sentada una ninfa, vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacian, si no rica, á lo menos vistosamente vestida: traia el rostro cubierto con un trasparente y delicado cendal, de modo que, sin impedirlo sus lizos, por entre ellos se descubria un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que, al parecer, no llegaban á veinte, ni bajaban de diez y siete: junto á ella venia una figura, vestida de una ropa de las que llaman *rozagantes*, hasta los piés, cubierta la cabeza con un velo negro; pero, al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los duques y de Don Quijote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laúdes que en el carro sonaban, y levantándose en pié la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados, y, quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la misma figura de la Muerte, descarnada y fea, de que Don Quijote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los duques hicieron algun sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pié esta muerte viva, con voz algo dormida, y con lengua no muy despierta, comenzó á decir desta manera:

“Yo soy Merlin, aquel que las historias
 Dicen que tuve por mi padre al diablo
 (Mentira autorizada de los tiempos),
 Príncipe de la mágica, y monarca
 Y archivo de la ciencia zoroástrica,
 Émulo á las edades y á los siglos,
 Que solapar pretenden las hazañas
 De los andantes bravos caballeros,
 Á quien yo tuve y tengo gran cariño.

Y puesto que es de los encantadores,
 De los magos, ó mágicos, contino
 Dura la condicion, áspera y fuerte,
 La mia es tierna, blanda y amorosa,
 Y amiga de hacer bien á todas gentes.
 En las cavernas lóbregas de Dite,
 Donde estaba mi alma entretenida
 En formar ciertos rombos y caracteres,
 Llegó la voz doliente de la bella
 Y sin par Dulcinea del Toboso.

Supe su encantamento y su desgracia,
 Y su trasformacion de gentil dama
 En rústica aldeana: condolíme,
 Y encerrando mi espíritu en el hueco
 Desta espantosa y fiera notomía,
 Despues de haber revuelto cien mil libros
 Desta mi ciencia endemoniada y torpe,
 Vengo á dar el remedio que conviene
 Á tamaño dolor, á mal tamaño.

¡Oh tú, gloria y honor de cuantos visten
 Las túnicas de acero y de diamante!
 ¡Luz y farol, sendero, norte y guía
 De aquellos que, dejando el torpe sueño
 Y las ociosas plumas, se acomodan
 Á usar el ejercicio intolerable
 De las sangrientas y pesadas armas!

Á tí digo, ¡oh varon! como se debe
 Por jamás alabado, á tí, valiente
 Juntamente y discreto Don Quijote,
 De la Mancha esplendor, de España estrella,
 Que para recobrar su estado primo

La sin par Dulcinea del Toboso,
 Es menester que Sancho, tu escudero,
 Se dé tres mil azotes y trecientos
 En ambas sus valientes posaderas
 Al aire descubiertas, y de modo
 Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
 Y en esto se resuelven todos cuantos
 De su desgracia han sido los autores.
 Y á esto es mi venida, mis señores.—

¡Voto á tal! dijo á esta sazón Sancho; ¡no digo yo tres mil azotes; pero así me daré yo tres, como tres puñaladas! ¡Válate el diablo por modo de desencantar! yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos. ¡Par Dios, que, si el señor Merlin no ha hallado otra manera cómo desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura!—Tomaros hé yo, dijo Don Quijote, ¡don villano, harto de ajos! y amarraros hé á un árbol, desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trecientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados, que no se os caigan á tres mil y trecientos tirones; y no me repliqueis palabra, que os arrancaré el alma.” Oyendo lo cual Merlin, dijo: “No ha de ser así; porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho, han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado; pero permítesele que, si él quisiere redimir su vejacion por la mitad deste vapulamiento, puede dejar que se los dé ajena mano, aunque sea algo pesada.—Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar, replicó Sancho, á mí no me ha de tocar alguna mano. ¿Parí yo, por ventura, á la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo, sí, que es parte suya, pues la llama á cada paso *mi vida, mi alma, sustento* y *arrimo* suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¡azotarme yo! abernuncio.” Apenas acabó de decir esto Sancho, cuando, levantándose en pié la argentada ninfa que junto al espíritu de Merlin venia, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal, que á todos pareció mas que demasidamente hermoso, y con un desenfado varonil, y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza, dijo: “¡Oh malaventurado escudero, alma de cántaro, corazon de alcornoque, de entrañas guijeñas y apedernaladas! si te mandaran, ¡ladron, desuellacaras! que te arrojaras de una alta torre al suelo; si te pidieran, ¡enemigo del género humano! que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos, y tres de culebras; si te persuadieran á que mataras á tu mujer y á tus hijos con algun truculento y agudo alfanje, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trecientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta